
EL INCENDIO

Todo se vino abajo: la casa, los sueños, el esfuerzo, los recuerdos, los años vividos, el tiempo muerto, los pesares, los secretos que guarda toda casa. La historia acumulada en cada objeto, en la desidia interior de los cajones, en las marcas que los cuerpos dejan en los muebles, en la memoria que cuenta cómo fue la vida, qué hábitos, qué vicios, qué gustos, qué olvidos tuvieron los que habitaron esa casa que se quemaba con su pasado y una mujer adentro.

Apenas el humo empezó a meterse en los cuartos, Álvaro y Jennifer entraron afanados por ella y le dijeron, la casa se está incendiando, tenemos que salir ya, pero Amanda les dijo, no, yo me quedo. Cuando trataron de sacarla a la fuerza, ella se resistió y se aferró a la pata de la cama. El teléfono timbraba desde que comenzó el fuego y Amanda les suplicó, no contesten, por favor, que nadie conteste. Jennifer maldijo; Álvaro y los gemelos intentaron arrastrar la cama, pero el humo empezó a asfixiarlos. Tenían las llamas a sus espaldas y Jennifer le gritó a su hermana ¡achichárrate tú con tu maldito fantasma! A los otros les gritó, ahogada por la rabia y la humareda, y con la honestidad de un guerrero vencido: salvémonos nosotros.

Cuando ya iba a irse, Amanda le dijo, ¡espera! Jennifer pensó que había recobrado la razón y había decidido salir

con ellos pero sólo le entregó una carpeta con papeles y le dijo, guárdala, luego la empujó para que se fuera con su familia y a Amanda se la tragó el humo.

Afuera, el viento cambió de sentido. Algunos vecinos que curioseaban huyeron encorvados de aquel remolino de cenizas sin que les importara perder el desenlace. Otros salieron a llamar a los bomberos y alguien sugirió que también pidieran una ambulancia. Otro más insistió, adentro queda gente. ¿Viva?, preguntó alguien, pero nadie respondió.

Jennifer, Álvaro y los gemelos se sentaron en el andén del frente, hombro con hombro, como si se alistaran para ver la película de una casa ardiendo. Juan Roberto se encontró con la mirada idéntica de Juan Pedro y como en sus miradas siempre había palabras, el uno le entendió al otro y se levantaron. Jennifer los llamó con un grito que se perdió en la bulla de las llamas. Los gemelos siguieron derecho como si quisieran regresar a la casa, pero sólo la rodearon y luego desaparecieron por una esquina del infierno.

A pesar de estar cerca del incendio, Jennifer sintió frío. Le dijo a Álvaro, busca a los muchachos.

¿Para dónde crees que pueden ir? Ya vienen.

Los vi acercarse a la casa. Es muy peligroso.

No van a entrar, no te preocupes.

Ella lo miró y le preguntó, ¿estás hablando en serio? Volteó hacia atrás y vio que se estaban agrupando más curiosos. Álvaro le dijo:

Estás tiritando. ¿Tienes frío?

Tengo ganas de vomitar.

El sonido lejano de una sirena los hizo mirarse. Los bomberos, dijo ella. Volvió a mirar hacia atrás y vio a los vecinos con la cabeza estirada, esperando también a que aparecieran las luces rojas.

Al otro lado, los gemelos jugaban a adivinar formas

entre las llamas. La madera, los hierros, los muebles y todo lo que comenzaba a retorcer el fuego creaba figuras antes de convertirlas en ceniza.

Hay un camello en el segundo piso.

No lo veo.

Por la ventana de nuestro cuarto, al fondo.

No es un camello. Es como un caballo.

Era un camello. Lo que pasa es que acaba de perder las dos jorobas.

Las mismas llamas despedían sus propias figuras. Ellos creían que eran los fantasmas que habitaron la casa y que ahora huían despavoridos. Eran llamas con brazos y manos, y cuerpos contorsionados que huían hacia la noche.

¿Adónde irán?

A cualquier otra casa donde puedan seguir espantando.

O tal vez van a esperar a saber adónde vamos nosotros para acompañarnos.

Más que adivinar figuras y cuerpos inexistentes entre el fuego, lo que los gemelos buscaban era alguna señal de su tía. Pensaron que a pesar de haber decidido quedarse, la desesperación y el pavor la harían tirarse por una ventana, pero aparte de las formas lo único que salió fueron chispas, humo y fognazos. Y en lo alto, entre el humo, las avispas huyendo de la casa. Por fin salieron las malditas, dijo Juan Pedro.

Hacia arriba y desde el techo se levantaron dos columnas gruesas de humo sucio, como brazos elevados que suplicaban al cielo un aguacero salvador. Como si el fuego se doliera de ser fuego y pidiera ser aplacado por un charrón. Los brazos bajaron y envolvieron la casa y apenas dejaban ver las llamas adentro. El humo pasaba del color gris al naranja, giraba en círculos y luego volvía a levantarse para recuperar su curso en la oscuridad.

Las sirenas, escandalosas, se oían cada vez más cer-

ca. Todos miraron hacia la esquina. De repente, el ruido comenzó a alejarse y no aparecieron ni los bomberos, ni una ambulancia, ni la policía, ni nada que ayudara a apagar el incendio.

Jennifer se agarró la cabeza con desespero; con las sirenas también se alejaba la última posibilidad de sacar a su hermana, con lo que le quedara de vida y de piel. Volvió a sentir ganas de vomitar pero no vio cerca un lugar donde pudiera hacerlo sola.

Me siento mal, Álvaro. Quiero vomitar.

¿Qué te lo impide?

Esta gente. ¿Por qué no se va?

Porque todos tienen miedo.

Si tuvieran miedo se largarían.

Tienen miedo de que el fuego llegue hasta sus casas.

El calor rompió un vidrio y Jennifer saltó sobresaltada, no por el ruido sino porque le pareció ver a Amanda asomada, pidiendo ayuda, lista para saltar.

¡Allá está, mírala, Álvaro! Creo que quiere salir.

Jennifer se puso de pie y señaló un punto, pero lo que vio no fueron más que sombras engañosas entre el fuego, la dosis de burla que hay en toda tragedia, el diablo que siempre ríe en medio del desastre. La mirada de Álvaro la devolvió a la realidad y se sentó de nuevo en el andén. Volvió a llamar a los gemelos.

Hasta ellos llegó el coletazo de sus nombres cuando un golpe de viento arrastró una ráfaga de humo y los cubrió como si les hubieran echado encima una colcha gris. Ahogados y perdidos se buscaron con las manos hasta que se encontraron. Solamente entrelazados eran capaces de soportar el horror de no verse el uno en el otro.

Cuando pudieron mirarse de nuevo, uno preguntó, ¿cuánto se tarda en morir quemado?

¿Lo dices por la tía?

Sí.

Se habrá asfixiado primero.

¿Habrá sufrido?

Sí, desde hace tiempo.

¿Crees que la tía estaba loca?

Sí, es posible.

Es muy raro que no haya querido contestar el teléfono.

Otra vez oyeron a su mamá llamándolos. Vamos, dijo Juan Pedro; vamos, repitió Juan Roberto.

LA QUE INVENTA DOLORES

Jennifer recuerda el día en que, sin pensarlo, comenzó a ganarse la vida engañando a los demás. Ese día hubo un temblor de tierra largo y fuerte. Ella estaba en su cuarto y salió en carrera cuando vio mecerse el agua de la jarra, cuando la única lámpara se bamboleó en el techo y cuando oyó que a través de las vigas se escapaba el rugido de la tierra. Corrió hasta abajo por las escaleras mientras el piso zigzagueaba a sus pies y se encontró en la calle con los vecinos que rezaban a gritos, pidiéndole al suelo que dejara de sacudirse. Jennifer siguió corriendo para alejarse de cualquier muro que pudiera caerle encima. Cuando el temblor terminó, ella continuó temblando y corriendo hasta que un pie se le enredó con el otro y cayó al piso.

Miró alrededor y vio a la gente concentrada en las grietas y en los pequeños desastres. Le pareció que algo caliente le rodaba por la cara, se palpó y notó que estaba sangrando. No se asustó y, por el contrario, sintió un alivio. Trató de ponerse de pie pero siguió mareada, entonces tomó aire profundo y lo intentó de nuevo. Quedó parada, sin darse cuenta de que un hombre la había levantado de los brazos. Le cayó algo en la frente, dijo el hombre, y ella volvió a tocar el hilo de sangre, luego se pasó la mano sobre los ojos.

La herida no parece muy grande, pero es mejor que la revisen.

Jennifer asintió callada. ¿Puede caminar?, le preguntó él. Ella volvió a asentir. ¿Vive cerca? Ella, sin saber por qué, le dijo que no. Entonces el hombre se metió la mano al bolsillo y sacó un par de billetes. Tome, ¿le alcanza? Ella afirmó con la cabeza y luego balbuceó, es que en la carrera se me perdió el bolso. Él le puso los billetes en la mano. Gracias. No se preocupe, más bien coja un taxi y hágase ver la herida. Ella quiso decirle la verdad: nunca hubo bolso y su casa quedaba a dos cuadras. Pero sintió que con la plata en la mano ya no podía echar reversa.

Caminó hasta su edificio y afuera encontró a los vecinos comentando el temblor. Señalaban algunas grietas, hablaban de muros ladeados y mostraban pedazos de tejas en la calle. Uno de ellos la vio. Miren a la muchacha, está herida. La rodearon preocupados. Estás sangrando en la cabeza, ¿qué te pasó? A pesar de que Jennifer los veía claramente, les dijo:

Estoy viendo negro.

Hicieron un pequeño revuelo y empezaron a soltar conjeturas: se está quedando ciega, le habrá caído un ladrillo encima, sigue aturdida por el golpe, puede tener una hemorragia interna, hay que llevarla a una clínica, ¿puedes recordar lo que pasó?, ¿tendrá amnesia?, que alguien traiga una silla, le cayó sangre en el ojo. Jennifer apretó los ojos y volvió a abrirlos. Sí, dijo, no veo negro sino rojo. Uno de ellos dijo, en tono vencedor, lo que yo dije: una hemorragia interna.

Tiene que irse ya para un hospital.

Jennifer comenzó a llorar porque tenía miedo, porque en realidad le dolía el golpe y porque no sabía qué era lo que estaba haciendo. Es que me robaron el bolso, les dijo. Esto es el colmo, dijeron ellos, el colmo de los colmos. Ella buscó la acera para sentarse. ¡No!, que no se siente ni que se duerma, yo conocí a alguien que se murió porque

se fue a dormir después de un golpe. Que se vaya para un hospital.

Yo puedo acompañarla.

No, yo puedo ir sola.

Pues entonces que coja un taxi.

Todos se miraron hasta que dos de ellos se decidieron, sacaron la billetera y le dieron plata a Jennifer. Mi Dios les pague. No se preocupe, vaya, vaya y nos cuenta.

Jennifer se alejó, descartó coger un taxi y comenzó a bajar hacia el centro. Caminando se encontró con una tienda de ropa y se puso a mirar vestidos. Tomó uno y se paró frente al espejo. Por primera vez se vio el golpe y la sangre seca regada por toda la cara. Y detrás de ella vio a dos vendedoras que la miraban aterradas.

Por la noche, su mamá le hizo una curación casera con agua, jabón y yodo. Hablaron de dónde y cómo las había agarrado el temblor. Amanda y Leticia también contaron su susto. A una el temblor la cogió en la academia y a la otra en el colegio. A la mamá la agarró en la fábrica, les contó que con la tembladera que mantenía en las manos sólo se dio cuenta por los gritos de las otras de que se trataba de un temblor de tierra, muchas dejaron las fileteadoras prendidas y salieron en carrera, y después llegó don Horacio y las vació. Amanda dijo, aquí el que se cayó desde el armario fue el san Antonio y se partió en dos. La mamá dijo, cubriéndole la herida a Jennifer con gasa y esparadrapo, ahora falta ver si no se le dañó su fuerza milagrosa. Leticia preguntó:

¿Y cuándo nos ha hecho algún milagro?

Pues hoy mismo. Jennifer se pudo haber descalabrado pero gracias a san Antonio no le pasó nada.

Jennifer sonrió. Amanda siguió contando, a los de al lado se les descolgó la jaula del balcón, cayó a la calle y encontraron al canario muerto. Se habrá muerto del susto, comentó Leticia. De lo que haya sido, dijo la mamá,

el caso es que lo mató el temblor de tierra; luego le dijo a Jennifer que ya había terminado, y Jennifer fue a mirarse la curación en un espejo.

En los días siguientes, cada vez que se encontraba con un vecino le preguntaban cómo había seguido y ella a todos les respondía que regular, hay momentos en que no recuerdo nada, la cabeza no deja de dolerme, les decía, y no puedo mover bien la mano.

¿La mano?

Sí, ésta.

¿Y qué dice el médico?

Jennifer sentía que las palabras se le adelantaban al pensamiento, que cuando quería callarse ya había dicho lo que no quería decir.

No he podido ir, es que no tenemos seguro médico.

No todos, pero sí algunos de los vecinos le colaboraban con algo de plata para que pudiera hacerse los exámenes que, supuestamente, necesitaba. Ella, en las noches, se encerraba en el cuarto y contaba la plata. No era mucho pero nunca había tenido tanto. Nunca había trabajado y desde que terminó el bachillerato se la pasaba visitando academias, institutos y hasta universidades para averiguar qué ofrecían, a ver qué se decidía a estudiar. No había mañana en que su mamá no le dijera, por qué no te buscas un trabajo mientras te decides, a mí me queda muy pesado sostenerlas a las tres. Pero Jennifer llevaba dos años indecisa y se la pasaba andando la calle, entrando a las tiendas donde se probaba ropa que no compraba.

Poco a poco la herida de la frente se le iba cerrando. Jennifer la analizaba en el espejo, muy desilusionada. Estaba cicatrizando más rápido de lo que quería. No podía llevar por mucho tiempo la venda y sabía que cuando la herida sanara su historia pasaría al olvido. No le bastaría con decir que seguía con dolores ni con poner a temblar la mano. Ya había metido la cabeza por el hueco de

la mentira y ahora tenía que pasar el cuerpo entero. No era tan fácil como ella pensaba, había descubierto que la mentira tiene su ciencia, y si la mentira crece hay que crecer con ella para que no termine envolviendo a quien miente. De la desilusión por la herida que sanaba pasó al miedo de perder lo poco que había logrado.

Sin pensarlo mucho se acercó a un lavamanos, se agarró de él, cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás, tomó impulso y estrelló la cabeza contra el borde, justo donde la herida comenzaba a cerrarse. Luego se paró, un poco atolondrada, y observó el golpe. Seguía casi igual. Entonces del desencanto pasó a la rabia y de la rabia al arrebato. Se arrodilló de nuevo y chocó la frente contra el lavamanos una vez, dos, tres, cuatro y cinco veces más.

LA QUE ESPERA UNA LLAMADA

Querido:

¿No es con un «querido» como empiezan todas las cartas? Podría usar su nombre, pegarlo al «querido», pero cada día que pasa estoy más convencida de que su nombre también fue parte del engaño. Podría decir «querido mentiroso», y en el renglón siguiente contarle las razones por las que decidí escribirle esta carta que no es para usted porque ni siquiera sé dónde vive. Ni siquiera sé si vive. Entonces si no estoy segura de que su nombre sea el verdadero, si no tengo su dirección, esta carta es más para mí que para usted. ¿Por qué le escribo una carta a quien nunca va a recibirla?, ¿una carta de la cual voy a ser la única lectora? No crea que no me he preguntado mucho qué sentido tiene que yo termine leyendo lo que quiero que usted oiga. Pero cinco meses son mucho tiempo para estar encerrada pensando qué fue lo que pasó después de que usted me hubiera dicho «mañana la llamo». Suposiciones que desde ese día, hasta el de hoy, se han acumulado una tras otra, se han cruzado, se han alimentado entre ellas o se han desvirtuado para intentar llegar a alguna conclusión pero sólo me han llevado al desespero. O a la única conclusión evidente, irrefutable, y es que después de cinco meses y trece días usted todavía no me ha llamado. Fíjese lo ingenua que soy cuando digo «todavía», pero

hasta que no tenga una explicación de sus razones voy a seguir creyendo que ese teléfono va a timbrar en cualquier momento y yo voy a contestarlo y después de un saludo usted me va a decir: perdone la demora.

Le decía que todo este tiempo me la he pasado suponiendo en silencio. Esperando, cada día, que un timbrazo termine de una vez por todas con esta incertidumbre. Pero ya me he ido cansando de suponer y de imaginar y por eso he decidido contarle, por escrito, lo que a diario le digo callada, aunque aquí en la casa ya me han dicho que muchas veces me han escuchado hablando sola.

Ni sola ni con usted: le hablo al recuerdo, al fantasma, al deseo de que el aire le lleve a usted estas palabras. Pero ni el aire es cartero, ni los recuerdos tienen oídos, ni los fantasmas quieren sostener conversaciones conmigo. Por eso he decidido que las cartas entren a formar parte de mi historia. Estas hojas sueltas que hoy comienzo a llenar acodada en una mesa vieja frente a la única ventana de mi cuarto.

Imagíneme usted mirando de cuando en cuando hacia afuera, tratando de atrapar una idea de las que se me han pasado por la cabeza en estos meses, o recuperando algún recuerdo de las pocas semanas que duró su engaño. Imagíneme dudando, con el bolígrafo en la mano, con la mirada indecisa entre el papel y la ventana, atiborrada de pensamientos confusos, decidiendo qué le digo a quien nunca va a escucharme. Tan difícil es decidir qué decirle que, ahora que releo, me doy cuenta de que no le he dicho nada. Al menos nada de lo que quiero que sepa de mí. Pero antes de que usted imagine un panorama que no es y crea que al escribirle me acompaña la serenidad por el mero hecho de hacerlo frente a una ventana, déjeme decirle que por esta ventana no veo ningún paisaje de almanaque, de esos que le harían suponer una escena mágica y romántica: una mujer que lo espera y lo piensa

cada vez que ella respira, que le escribe una carta llena de reclamos y que sólo por eso muchos podrían considerarla una carta de amor, alumbrada por un sol de amanecer que se levanta detrás de un paisaje que corta el aliento.

Lamento decepcionarlo si le desbarato la imagen con la que, seguramente, podría aligerar su culpa, si es que usted tiene culpa, claro está. Mi ventana asoma hacia la calle, a una calle cualquiera, ni muy estrecha ni muy ancha, que en un tiempo pasado lucía mejor. Prado fue un barrio elegante pero cuando llegamos su elegancia ya se había mudado a otro lugar, y al barrio le pasó lo mismo que ahora me pasa a mí: comenzó a vivir de recuerdos.

Si miro al frente sólo veo casas como esta, de esas que se parecen a una mujer madura que recurre a todo tipo de esfuerzos para despertar un comentario tan inútil como «debió ser muy bella en su juventud». Es decir, querido, que estas casas son como yo. Una casa que por más que esté habitada parece vacía, que le sobran habitaciones a pesar de que una la ocupa un avispero.

Yo llegué a imaginar que se uniría a nosotros. Había espacio para usted, para su ímpetu y su juventud. Habría podido tener su propia alcoba si no quisiera compartirla conmigo. Pero no le hice el ofrecimiento cuando pude por tonta, por creer que lo tendría el resto de mi vida, y porque también pensé que usted sentiría vergüenza de mis planes. ¿Cómo podía atreverme a hablar de planes serios a pocas semanas de habernos conocido? Pues bien, ahora puedo hablar de ellos, ya le puedo hablar de mis sueños y de lo que ha sido compararlos con la realidad.

Soñé con traerlo a esta casa y de algún modo lo he traído. Todos aquí, aunque no conocen mi historia, deben suponer que hay alguien de quien ahora depende mi vida. Sé que les costaría creerlo porque a mi edad se han acostumbrado a mi semblante de solterona. Se burlarían al verme como una adolescente esperando una llamada.

Pero ahí fue cuando usted entró a esta casa: con mis nuevos afanes, en los suspiros que se me escapan, en los ojos llorosos sin una razón aparente, en mis rabietas de muchacha descorazonada.

Tal vez debería agradecerle su ausencia porque me ha permitido tenerlo conmigo de una manera idealizada, pero ya me he pasado de idiota como para tener que agradecerle algo. Más bien tengo un deseo: que se le pudra la lengua con la que me endulzó el oído, su lengua sucia, embustera, melosa y cobarde que trabó tantas veces con la mía.

Esperándolo con rabia,

Amanda